



Jaime Rubio Angulo (1949- 2005)

TRIBUTO AL PROFESOR JAIME RUBIO ANGULO

26 DE MAYO DE 2005

BUENOS DÍAS. NOS HEMOS reunido esta mañana de mayo para apremiar a nuestro pensamiento a que piense desde el pensamiento de un maestro. Y no es por una presunta indigencia del pensamiento del maestro que el nuestro debe hacer esfuerzos para acunarse en su seno. Lo contrario es verdad: nos excede la riqueza de su pensamiento, la generosidad de sus conceptos, la profundidad de sus silencios, y aunque de su voz clara y profunda oímos muy bien lo que nos dice, no alcanzamos a aprehender todo lo que nos quiere decir. Acostumbrados a la evidencia de las certezas, nos perdemos en este laberinto de alusiones, de truncadas sugerencias preñadas de la promesa de una nitidez final. ¡Cuántos esfuerzos, que sólo él conoció, no hubo de hacer para sacudirnos de tamaña ingenuidad! Hoy ya no me cabe la menor duda de que sus exasperaciones eran parte integral de su forma de enseñar. “El oscuro”, dirá alguno, sin sospechar que la desapacible expresión es más iluminadora que claridades meridianas. Sólo tras años de afable trato comenzamos a comprender que el mundo de los signos, es decir, el mundo humano, no es tan transparente como nuestra sencilla imaginación nos lo había presentado. La ambigüedad del símbolo constituye todo un desafío para nuestro orgullo intelectual y para nuestra capacidad de trabajo. La expresión velada es cifra de sabiduría en una medida que el criterio de claridad y distinción nunca podrá parangonar, pues la realidad misma es la que resulta en últimas nublada y misteriosa. Esta fidelidad a lo real puso en evidencia que nos hallábamos frente a un verdadero filósofo. Su lucidez proverbial, no exenta de un toque de humor crítico, disipaba el fácil expediente de que encubría la oquedad del concepto con palabras confusas. Ni sus más acérrimos contradictores llegaron a albergar la menor duda sobre su honradez

intelectual. Como sabio que era había recibido el don de la profecía, que en su caso se manifestaba en una maravillosa capacidad de anticipar las sendas por las que habría de discurrir la reflexión filosófica. ¡Cuántas veces nos sorprendió con nombres exóticos para sus seminarios, que hoy son moneda corriente! ¡Y otras tantas veces nos sorprendió diciendo adiós a pensadores que se hallaban en la cima de su popularidad, de los que hoy apenas se habla! Y es que no sabía transar, ni se prestaba a componendas teóricas, o a discursos de ocasión. Podía no gustar, incluso disgustar, pero era incapaz de fingir para agradar. Por eso, con él nadie se llamaba a engaño con sus sonrisas y sus bromas, o con su gesto adusto y señero. Como a lo bueno todo, el paso del tiempo no hizo sino mejorarlo, y no hablo tanto del contenido de su pensamiento, de una precocidad improbable en filosofía, sino del profesor y del colega. Sus últimas preocupaciones se dirigían a nuestra comunidad, para cuyo trabajo óptimo él sentía que eran necesarias diversas reformas, algunas de ellas audaces, pero respetuosas y, lo que más nos impactaba, de una originalidad impredecible. En su compromiso con nuestra comunidad, nunca negó un servicio, ni dejó de ofrecer la palabra oportuna, nueva e iluminadora. Sin duda, sus orientaciones temáticas para el futuro de nuestra comunidad son determinantes por las áreas de trabajo que su actividad deja bien establecidas o abiertas al menos, por su fidelidad a la vocación de profesor, por su entera dedicación a los estudiantes, por su ejemplar compromiso con la escritura. No nos falta empeño para recorrer esta senda, pero sabemos que tampoco contamos con el toque, que podría llamarse *divino*, que le permitió hacer de cada discurso una ocasión memorable y festiva, descubrir el tesoro de pensadores escondidos en campos prosaicos y poco prometedores, disponer de la entereza y presencia de ánimo para defender su proyecto frente a acerbas críticas. Sentimos, como le gustaba decir, que nos va a quedar muy difícil estar a su altura y, sin embargo, por su enseñanza y la herencia que nos deja sabemos que tenemos que estarlo, pues asumir la ambigüedad del ser humano, su naturaleza disímil y lábil, su descentramiento esencial constituye quizás el núcleo reformulado una y otra vez de un pensamiento que nos acompañará siempre.

A Pacho, el amigo, el colega, nuestro mayor reconocimiento por haber asumido y llevado a cabo la organización de este evento, expresión de su amor y respeto. Así mismo a los expositores todos, que en medio del dolor de la ausencia, expresan la alegría por la presencia en sus vidas de una palabra henchida de sentido. También a los asistentes todos, cuya cercana solidaridad renueva la comunidad propia, horizonte imprescriptible de todo

pensamiento. A Juanita y a Diego, allí donde termina la palabra, un abrazo pleno de nuestro afecto y emoción. Y la invitación final para que, en la entrada del Edificio Manuel Briceño, sede de la Facultad de Filosofía, hagamos un recorrido encarnado por las etapas de una vida que se entregó entero a los suyos y a lo suyo.

Muchas gracias.

ALFONSO FLÓREZ FLÓREZ
DECANO ACADÉMICO
FACULTAD DE FILOSOFÍA
PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA